

CARRERA DE ESPECIALIZACION EN HISTORIA Y
CRITICA DE LA ARQUITECTURA Y DEL URBANISMO

Imaginarios urbanos y acción urbana

30, 31 de julio y 1 de agosto de 1998



SECRETARIA DE POSGRADO Y RELACIONES INSTITUCIONALES

FADU - UBA

La ciudad y sus denominaciones:

La Plata a través de las representaciones colectivas. 1882-1930

Gustavo Vallejo

Introducción

La fundación de la ciudad de La Plata constituyó, en 1882, un relevante acontecimiento de la urbanística decimonónica. Tanto su origen, ligado a la federalización de Buenos Aires y la consecuente necesidad de crear rápidamente una Capital provincial que la reemplazara, como sus primeros años de existencia, dominados por la constante preocupación por consolidarla en el plano demográfico, se hallan poblados de un conjunto de metafóricas representaciones que originaron imágenes prescriptivas de lo que debía ser, frente a lo que efectivamente pasó a ser La Plata tras su posterior concreción.

De este modo, el carácter fáustico que tuvo la gestación de La Plata, cuya idea de “nueva Capital” dejó latente ilimitadas expectativas en relación a un destino que, al igual que la carrera política de su fundador, llegó a creerse que sólo circunstancialmente se circunscribía a la égida provincial, alentó la construcción de imágenes convergentes en el impactante plan fundacional, pero también en posteriores acciones urbanas que, una vez advertidas las limitaciones a su desarrollo sociocultural que provocaba la cercanía a Buenos Aires, intentaron dotarla de nuevos roles.

Vale decir que los primeros años de existencia de La Plata, pueden seguirse a través de metáforas sociales que buscaron explicar su devenir, insuflándolo de pompas, explicando luego las decepciones sufridas y planteando refundaciones que resultaron también connotativas de posteriores acciones urbanas: primero fue la Ciudad de Julio Verne, inmediatamente después de su fundación y cuando la velocidad requerida para su conformación obligó a apelar a técnicas y materiales provisionales, la Ciudad yankee fue Necrópolis en los momentos en los que se vio interrumpida la inversión del Estado por efectos de la crisis del '90 y la Oxford argentina y la Salamanca de Iberoamérica, cuando la Universidad -formadora de elites primero y luego receptora de una invasión juvenil del interior del país y de países limítrofes- junto con las ambiciosas propuestas urbanas que la acompañaron trataron de sacar a la ciudad de una letárgica existencia.

En este sentido, las denominaciones que tomamos, surgidas de viajeros, periódicos porteños e intelectuales interesados en ver a La Plata inserta en un proyecto cultural mayor, describen cuatro momentos en el desarrollo físico y socio-cultural de la nueva Capital, que, como cuatro estaciones, transcurren entre el anticipado verano de la agobiante jornada fundacional, pasando por períodos en los que fue decayendo su brillo inicial, hasta la primavera que pareció llegarle luego de que, en setiembre de 1905 el Congreso sancionara la Ley 4699 de creación de su Universidad Nacional.

1. La ciudad de Julio Verne

Luego de que su preocupación por indagar nuevas formas de asentamientos humanos lo llevara a imaginar el Nautilus, esa suerte de pequeña ciudad náutica de *Veinte mil leguas de viaje submarino* -1869-, Julio Verne publicó en 1879 *Los quinientos millones de la Begún*, una novela que coloca en íntima relación a su personaje central, el Doctor Sarrasín y su particular emprendimiento, con el universo utópico y la urbanística moderna.

Famoso en el campo científico, y de elevadas cualidades morales, Sarrasín encuentra en una inesperada herencia recibida, la oportunidad para abandonar el ostracismo de su trabajo de laboratorio y lanzarse a guiar la sociedad, en una clara recreación de la platónica figura del filósofo-rey, que viene a resolver utópicamente las más urgentes necesidades padecidas en las grandes ciudades.

El Doctor Sarrasin se decide entonces a encarar la realización de France Ville, una ciudad ideal sujeta a las más avanzadas prescripciones de la ciencia médica, con el propósito de contribuir con su ejemplo al mejoramiento de la salubridad en las aglomeraciones urbanas de todo el mundo.

Esta ciudad modelo, imaginariamente levantada en el territorio americano sobre una extensa llanura despoblada, poseía una “traza regular”, con calles numeradas, cruzadas en ángulo recto y de las que se diferenciaban algunas más anchas con el nombre de paseo o avenida, distanciadas cada medio kilómetro, arboladas y con jardines en sus intersecciones (Verne, 1933: 30).

Tanto por la manera fáustica con que el personaje de Verne creaba la nueva ciudad, valiéndose para ello de una fortuna que le proporcionaba todos los medios financieros necesarios, como por la preocupación por deducir las características formales de su trazado urbano de las

recomendaciones de la higiene pública, no resulta extraño ver, tres años más tarde, frecuentemente relacionada en discursos epocales a France Ville con la nueva Capital de Dardo Rocha.

La Plata entonces nacía en 1882 con el estigma de ser La ciudad de Julio Verne, como se decía en los periódicos porteños *El Diario* y *El Nacional*, que desde el mismo momento fundacional aludían al carácter utópico de la realización *ex novo* del gobernador Dardo Rocha.

En ese sentido, dentro de una situación irrepetible, en La Plata se articulaban intereses de carácter político-administrativos, con otros que trascendiendo al plano simbólico, buscaban un pretexto para dar muestra de los progresos alcanzados por el pueblo argentino a partir de la asimilación de la cultura europea, y que se veían solventados por una fabulosa suma -comparable a la herencia recibida por el imaginario Doctor Sarrasín- que la Provincia de Buenos Aires recibía de la Nación.

Pero La Plata en sí era una utopía, en el más estricto sentido etimológico del término que Tomás Moro creó con su obra publicada en 1516, a partir de la conjunción de los vocablos *u -no-topos* -lugar-. Esta situación se evidenció en las primeras acciones con las que, poco después de asumir sus funciones como Gobernador de la Provincia de Buenos Aires el 1º de mayo de 1881 Dardo Rocha puso vertiginosamente en marcha “la cuestión capital”, a través de tres decretos firmados prácticamente en forma simultánea. Por el del 4 de mayo fue creada una Comisión abocada al estudio de los posibles emplazamientos, por el del 6 de mayo nació la Comisión encargada de organizar un Concurso Internacional del que surgiría el proyecto de los principales edificios públicos, y por el del 7 de mayo se le encargó al Departamento de Ingenieros - dependiente del Ministerio de Obras Públicas de la Provincia de Buenos Aires-, la traza urbana de la nueva ciudad.

Después de seleccionados los principales edificios públicos contenidos en el Concurso Internacional, llevó algún tiempo conocer la ubicación que ellos tendrían en un trazado aún no definido y sobre el que los proyectistas del Departamento de Ingenieros, encabezados por el Ingeniero Benoit, trabajaban ignorando el punto geográfico en el que se levantaría la ciudad que proyectaban.

Así, La Plata, como la France Ville imaginada por un médico higienista que trasladaba sin mediación con preexistencia alguna los postulados científicos más avanzados a la construcción de una ciudad ideal, nació como un no lugar: La Plata tuvo las primeras prefiguraciones de la

arquitectura monumental del poder público, luego su nombre -surgido del lema de uno de los trabajos premiados-, más tarde los esbozos iniciales de lo que sería su trazado urbano, antes de que finalmente quedara definido su *topos*, esto es su precisa localización geográfica.

La Plata fue vista como una utopía por quienes en los momentos previos a su fundación denostaban la empresa de Rocha considerándola desmesurada, dado que no veían en ella más que injustificados deseos de materializar una ciudad extraída de una novela de Julio Verne. Utopía adquiriría aquí el sentido de lo quimérico, lo irrealizable, en definitiva de aquello que ingenuamente, como dice Trousson, intenta ser creado pasando por alto las consideraciones de una realidad humana y una dinámica social preexistente. Sin embargo, rechazando la despectiva caracterización que se le había dado a un emprendimiento que muchos consideraban irrealizable -sobre todo desde periódicos de la Capital Federal como *La Nación*-, se confrontaba el discurso ficcional de “las novelas modernas” con la realidad una vez que, pocos meses después de fundada, podían apreciarse las primeras manifestaciones materiales de La Plata, para concluir *El Diario* en que “han desaparecido los literatos romanticistas, que la llamaban ciudad a lo Julio Verne. Todos los que la negaban hoy están callados” (1882).

La interpretación despectiva de la idea de utopía, fue dejando paso a así a una visión antitética a aquella, donde ahora la ciudad de Julio Verne era el mote con que también *El Nacional* aludía a una obra “fantástica”, que merecía la admiración de todos por haber podido ser materializado una “utopía científica” (1884a) propia de textos literarios.

Esta misma mirada se refleja en la sorpresa experimentada por Henry Coppin, en 1884, al conocer “una ciudad nacida como por ensalmo” que disfrutaba “desde el primer día de todos los adelantos modernos” (1982:47), y al año siguiente la del italiano Corvetto, quien encontró en La Plata “la revelación palpable” del poder de creación de la República Argentina, dado que “en ningún lugar del mundo el presente se transforma en pasado con tanta celeridad: ayer desierto, hoy un plano y los jalones, mañana una ciudad” (1982:73).

En 1889, en la gran Exposición Internacional de París, donde La Plata fue presentada a través de un plano catastral, veinticinco imágenes de sus principales edificios públicos y textos de Emilio Coni, el reconocimiento internacional simbolizado por la medalla de oro otorgada a su trazado pareció representar la apoteosis de una ciudad que, como informaba el jefe de la delegación argentina, Santiago Alcorta, se la llamó la ciudad de Julio Verne, produciendo admiración en la gente instruida y en los simples curiosos (Morosi y De Terán, 1983:61).

2. La ciudad yankee

Si el impactante trazado urbano de La Plata y los notables palacios del poder público que iban siendo rápidamente levantados, motivaron una orgullosa exhibición de sus imágenes en la Exposición de París que estuvo acompañada de importantes halagos; la arquitectura doméstica surgida vertiginosamente para acompañar la velocidad del proceso de construcción de la nueva Capital, generó, en cambio, otras consideraciones, tras adquirir características particulares que a menudo escaparon a las previstas por las normativas tempranamente sancionadas por las autoridades.

En efecto, la imagen urbana contenida en el proyecto fundacional, que tendría en la edificación privada a frentes de mampostería de no más de dos niveles sucedidos sin solución de continuidad sobre la línea municipal, conformando un armonioso paisaje sutilmente alterado por los edificios públicos, más altos, retirados del frente y rodeados de jardines; tardó más de lo esperado en ser alcanzada.

Como lo hemos analizado anteriormente (Vallejo, 1997), hasta que las normativas portadoras de esta *haussmaniana* estética del proyecto fundacional pudieron ser puestas en vigencia, se desarrolló un período de transición, que dio origen a una nueva identificación colectiva: La Plata era -como decía *El Nacional*- la ciudad yankee (1884). Una ciudad de utilitarias construcciones provisorias, separadas entre sí y totalmente levantadas en madera, con los mismos sistemas que los norteamericanos crearon para impulsar la colonización del far west.

Esa ciudad yankee que, por un lado, en la practicidad de sus construcciones, contribuyó a facilitar el poblamiento de La Plata, también fue entendida como una □no deseada□ configuración que hacía retardar más de lo previsto la concreción del proyecto fundacional, instalándose así la tensión entre la rapidez que inspiró el surgimiento de ese provisorio asentamiento y lo antiestético, que por contraste con la deseada imagen prefigurada en las normativas resultaba. Precisamente era la misma velocidad con la que las autoridades encararon la cuestión capital, la que llevó a abandonar momentáneamente el paradigma *haussmaniano* para buscar provisoriamente soluciones más prácticas en la instalación de portátiles casillas de madera, que le dieron a la nueva Capital un aspecto de ciudad del *far west*. Precisamente, muchas de esas construcciones eran de origen estadounidense y comenzaron a ser recibidas en 1884, cuando las propias autoridades decidieron adquirirlas para facilitar la radicación de

funcionarios y empleados provinciales obligados a radicarse en La Plata por una llamada Ley de Residencia, garantizando así las mínimas condiciones habitacionales que permitieron el 14 de abril de ese año, realizar el definitivo traslado de los poderes públicos a la “nueva Capital”.

Basaban en los sistemas de construcción en seco creados en Chicago en torno a 1830 y popularizados con el nombre genérico de *ballom frame*, casillas como las recibidas en La Plata, ya habían demostrado sus grandes ventajas acompañando la expansión demográfica hacia el oeste de los Estados Unidos. Del mismo modo, en sus carencias de materiales y manos de obra local, el panorama que ofrecían las Lomas de Ensenada para la construcción de La Plata, presentaba inconvenientes similares a los de aquellos pueblos del *far west*, que alentaron en las autoridades la idea de planificar una virtual transculturación en la llanura pampeana.

El resultado material de esa primera y provisoria conformación urbana, hacía que en 1885, Sarmiento viera en La Plata el mismo espectáculo que ofrecían ciudades de Estados Unidos, levantadas rápidamente en torno a minas de oro o de plata, en las que rápidamente se “clavaban los postes del telégrafo a la más próxima ciudad, a donde se piden casas hechas y una iglesia que debe armarse para el domingo siguiente” (1982:68). Así en La Plata, se repetían habituales operaciones del país del norte, aunque modificadas por el medio de transporte utilizado: en lugar de tratarse del ferrocarril, con el que desde el este se proveía del material para la construcción de casillas al oeste norteamericano, era un barco el que las traía desarmadas en completos *kits* hasta las costas de Ensenada. Vale decir que los norteamericanos, en su practicidad, ya habían convertido a la casa, en una mercancía fácilmente transportable a través de medios de vapor -ya sean ferrocarriles o barcos- para ser instalada aún en los sitios más remotos del planeta.

Las casillas norteamericanas permitieron alojar a los numerosos empleados y funcionarios, pero también al propio Gobernador D’amico -sucesor de Dardo Rocha-, quien residió entre 1884 y 1887 en un lujoso chalet de tres niveles -y una torre mirador de dos niveles más- que, una vez armado en medio del Paseo del Bosque, él mismo se encargó de hacer ampliar a través de la adición de alas laterales y un cuerpo posterior.

Las casillas norteamericanas, como también las que realizaban las empresas locales y las que eran autoconstruidas, nunca dejaron de considerarse una provisoria solución, sucediéndose incluso normativas oficiales que impulsaron su traslado -del centro a localidades periféricas de La Plata- u ocultamiento del espacio público a través de la construcción de fachadas de material

que aseguren el mantenimiento del decoro estético.

3. Necrópolis

La rapidez con que se realizaban las obras en La Plata, permitieron que “la nueva Capital” en muy poco tiempo alcanzara una considerable configuración material, con significativos edificios públicos que, promediando la década de 1880 iban siendo inaugurados antes aún que se iniciaran las modernizadoras obras con las que Torcuato de Alvear transformaría radicalmente a Buenos Aires. Pero la misma velocidad con que eran levantados esos palacios del poder público de La Plata, hacía más evidente el contraste de su existencia física con la falta de un similar desarrollo en el plano sociocultural. La escasa cantidad de lugares para desarrollar la sociabilidad, en contraposición con los abundantes atractivos que ofrecía la cercana Buenos Aires, era el mayor obstáculo para el crecimiento demográfico de la nueva ciudad.

Pocas eran las alternativas para la recreación que ofrecía La Plata, haciendo estéril a la antes mencionada Ley de Residencia en el intento por evitar que luego de finalizada su rutinaria tarea administrativa, numerosos empleados públicos colmaran los vagones del Ferrocarril Oeste emprendiendo su cotidiana vuelta a Buenos Aires. Las carreras del Hipódromo, las citas en el Paseo del Bosque, las veladas del Politeama Olimpo -hoy Coliseo Podestá- y luego en el Teatro Argentino, eran aislados acontecimientos sociales, que no alcanzaban a cubrir las necesidades de una ciudad que, con marcadas desventajas, debía competir con Buenos Aires para consolidar su propia existencia.

Al respecto resultan particularmente ilustrativos reclamos al poder público y la iniciativa privada de emprendimientos que contribuyeran a afirmar una todavía difusa identidad local, como los que lanzaba en 1888 el periódico local *El Día*, para acompañar con ellos los alcances de la legislación vigente:

“No basta con obligar a los empleados a que residan en La Plata, es necesario también que esta obligación no se transforme en martirio, que no equivalga a un sacrificio. Para eso es necesario que se haga algo en el sentido de hacer agradable la existencia en esta ciudad, hacer que se tenga algo que atraiga a las personas contrarrestando la influencia perniciosa de la Capital Federal”.

Sin embargo, finalizando la década del '80, los efectos directos de un incontrolable acontecimiento en el orden nacional no sólo interrumpieron las □embellecedoras□ estrategias

oficiales de reemplazo de casillas y el surgimiento de las requeridas atracciones que cotrarrestaran las que ofrecía Buenos Aires, sino que envolvió a la joven ciudad, desarrollada en gran medida a expensas de una sostenida inversión estatal, en la más grave y prolongada de las crisis que padeciera.

En efecto, la crisis financiera del Estado argentino, iniciada en 1889 con sus graves consecuencias políticas que al año siguiente determinaron la caída de Juárez Celman, tuvo una enorme repercusión en la ciudad de La Plata. Afectó a la pequeña burguesía y a las destacadas familias ya instaladas, como el mismo ex gobernador D'amico, quien, acosado por sus deudas, en 1890 se vio obligado a abandonar el palacio de 14 y 53 -la más suntuosa residencia particular que conociera La Plata- contruido una vez finalizado su mandato en 1887, y alcanzaba a la principal fuente de crédito externo de la Provincia de Buenos Aires: la Baring Brothers, grupo financiero inglés que precisamente a consecuencia de la crisis argentina presentó quiebra.

También quebraron el Banco Constructor de La Plata y el Banco Hipotecario Provincial que habían sido en buena medida los principales promotores de la actividad inmobiliaria a partir de la acción directa o del otorgamiento de créditos para la construcción de viviendas como el que había permitido iniciar las obras del barrio de las “Mil Casas” de Tolosa. La Catedral, el más imponente de los edificios públicos iniciados desde la fundación, quedó paralizada y su inauguración -aún sin terminar- se produciría recién en 1932, en las celebraciones del cincuentenario de la ciudad.

La parálisis alcanzaba también al plano cultural, como queda reflejado en la inactividad de la Universidad Provincial de La Plata y de la gran Escuela de Artes y Oficios de la Provincia, que, después de ser creadas por una Ley y un Decreto provincial, de 1889 y 1890 respectivamente, no abrieron sus puertas sino hasta 1897.

Debido a estas circunstancias desfavorables, en las que surgieron las primeras huelgas en demandas de una recomposición salarial ante la desvalorización de la moneda, la ciudad en términos poblacionales y socioeconómicos, después de la vertiginosa actividad en su etapa fundacional, permaneció, “cuando era menos de esperar estacionada y aún tendiendo a una decadencia rápida”.

Teodore Child, en su visita de 1890, atribuyó este panorama que presentaba La Plata, a las desmedidas pretensiones del emprendimiento de Rocha de convertirse en “una ciudad modelo y poseer todo lo más nuevo y más perfecto que produce Europa”, cuya consecuencia directa era el

“absolutamente desolado aspecto de esta gran ciudad de casas dispersas, en que cada calle termina bruscamente en una llanura abierta y desierta. Allí hay de todo, dirán; sí de todo... salvo habitantes y una razón de ser” (1982:180). Si la cifra oficial indicaba que La Plata poseía 60.000 habitantes, para Child en cambio, el número real era “con mucho” de “40.000 habitantes, si se cuenta la multitud de empleados que llegan en tren y se vuelven” a Buenos Aires para evitar “el aburrimiento de las noches en La Plata” (181). En definitiva, las excesivas pretensiones incumplidas de La Plata, desde esta perspectiva eran un

“instructivo ejemplo de la pasión inmoderada por las empresas gigantescas y de esa tendencia a forzar la marcha del progreso durante los últimos años, que, combinadas con la corrupción y la inmoralidad tradicionales en política, han desembocado en una crisis económica y una revolución” (184).

Angelo Scalabrini, en 1893, vio en La Plata a un “esqueleto de ciudad” y otros viajeros siguieron insistiendo en el mismo tema, como lo haría Francois Crastre al llamarla lapidariamente “Necrópolis”.

Al mismo tiempo periódicos locales fueron reflejando las mismas preocupaciones lanzadas desde de un incipiente espacio sociocultural platense, compuesto por quienes ya llevaban algunos años de residencia y una paciente espera de un desarrollo que tardaba en llegar:

“Esta ciudad es el vacío, y para colmo de males, tiene la traza de Londres.

Si se redujese a una cuantas manzanas nos veríamos a lo menos las caras todos los días; nos arrimaríamos unos a otros para calentarnos, pero es tan grande, sus calles son tan largas y tan anchas y sus distancias tan inmensas, que estamos como nadando en ella. El sastre nos erró indudablemente la medida y queriéndonos hacer un saco al cuerpo, nos ha cortado un sobretodo descomunal que lo llevamos a la raíz de las carnes. Qué mangas tan anchas. Vean ustedes esa Avenida Independencia -51- Si eso es como para el brazo de un gigante (...).

La Plata es la ciudad de las sombras y del silencio y quien la viera por primera vez a las 11 de la noche se creería en Recoleta o en la Chacarita y buscaría instintivamente un panteón de algún deudo querido” (*La Mañana*, 1896).

La prolongación de los efectos de la crisis, fue volviendo cada vez menos paciente la espera de ese magno destino de la “nueva Capital” que se preanunciara en los fastos

fundacionales.

“Las ciudades son como las mujeres, que en edad demasiado temprana no tienen halagos para el hombre. (...) A nuestra ciudad le hace falta lo que hace grande a las ciudades: población, casas de 3 y 4 pisos, en lugar de dos teatros 10 o 20, y así todas las cosas multiplicadas.

Sus formas de mujer están apenas esbozadas y nacientes, esperando que el tiempo les acentúe las líneas ondulantes. Es el pimpollo de una Victoria Regina recién cuajado. Si yo tuviera el dinero les confieso que no esperaría a que abriera los pétalos la gran flor, y me iría con la música a otra parte. Dónde? No se; pero sí puedo asegurarles a ustedes que mi domicilio legal no estaría en esta ciudad llamada a un gran porvenir y elogiada por quienes toman el último tren de vuelta a Buenos Aires”.
(*La Mañana*, 1896a).

Al igual que el cronista de *La Mañana*, que con la firma M.Q. realizaba estas □aguafuertes□ platenses cuya continuidad poco después se vio abruptamente interrumpida, induciéndonos a pensar que debió haber conseguido el dinero que necesitaba para trasladarse a otra ciudad, muchos abandonaron La Plata en un éxodo que se manifestó con mayor intensidad en la población de origen extranjero: en 1890 existían 65.610 habitantes de los cuales sólo 27.709 eran argentinos, y en 1895, registrándose por primera vez una tendencia descendente en su población desde que se fundara, La Plata tenía 60.991 habitantes de los cuales 33.534 eran de nacionalidad argentina.

4. La ciudad universitaria

Tras el prolongado *impasse* que la crisis provocaba en el desarrollo de La Plata, los primeros signos de reactivación comenzaron a darse en 1897, cuando se inauguraron los citados establecimientos educacionales -la Universidad de La Plata y la Escuela de Artes y Oficios-, y en el plano poblacional se reanudaba la afluencia de extranjeros, obligando a reacondicionar ese mismo año el hotel de inmigrantes -el Chalet que hasta 1887 había ocupado D'Amico-.

Pero en modo alguno estas tibias manifestaciones de recuperación tuvieron un carácter duradero, prueba de ello es la efímera existencia que tuvieron tanto la Universidad Provincial, que en 1902 cerró sus puertas por falta de presupuesto, como la Escuela de Artes y Oficios, cuyas instalaciones terminaron convertidas en Cárcel de encauzados en 1900, y la reducción en el arribo de extranjeros recepcionados que determinó el cierre definitivo del hotel de inmigrantes.

Sin embargo, un momento particularmente significativo para la reactivación de la ciudad a partir de la asunción de nuevos roles, comenzó a vivirse, cuando, aprovechando el antecedente de la Universidad provincial, otras instituciones creadas en el momento fundacional de La Plata - como el Museo de Ciencias Naturales y el Observatorio- y la tranquilidad reinante en una ciudad que favorecía la realización de estudios sistemáticos, Joaquín V. González, entonces Ministro de Educación y Justicia, inauguró en 1905 la Universidad Nacional.

Desde entonces, y alimentando un extendido imaginario colectivo, La Plata sería “La ciudad universitaria”, como lo previó Bernárdez antes que la obra de González se consumara y agregara a La Plata “el cetro académico al político que ya poseía”.

Con su proyecto, González pretendía aproximar a La Plata más a su destino de Capital, puesto que “ni la acumulación urbana, ni sus bellos monumentos y espléndidas avenidas, ni la serena quietud de su vida y el dulce ambiente que la envuelve (...). Bastan para poder llamarle con énfasis capital real y efectiva, la cabeza superior y conductora” (González, 1985:183).

Para González, figura prominente del positivismo argentino del '900, la creación de esta moderna Universidad, formaba parte de un amplio proyecto político y educativo, en el que La Plata asumiría importantes funciones al convertirse en una metrópolis intelectual, proveedora a la nación de una elite dirigente educada bajo las virtudes de la ciencia, garantizando de esta manera la descentralización en la selección de las capacidades. De este modo, ésta “metrópolis intelectual” como las que le sucederían, gozarían de un amplio reconocimiento por razones científicas antes que económicas o productivas, adquiriendo “una especie de hegemonía moral” sobre las demás ciudades (González, 1985:183).

En el caso de La Plata, su influencia unificadora por efecto de la ciencia, contrarrestaría □ los efectos disolventes del desarrollo económico y social □ de amplias regiones de la provincia, extendiéndose a Bahía Blanca, Dolores, Chivilcoy, Mercedes y San Nicolás, ciudades que volverían sus miradas para □ orientarse moral y políticamente, hacia el foco central □, reconociendo las fuerzas superiores a las suyas, residentes “en los altos dominios de la inteligencia, que la universidad mantiene y dirige” (183). La Plata sería la “guía intelectual, en su luz conductora, en su foco central de cultura, por la centralización de los estudios universitarios, que le dará de hecho la hegemonía intelectual y la dirección política” sobre aquellas ciudades de las que recibiría “las inteligencias seleccionadas de todos sus núcleos sociales” (185).

Su Universidad contaría entonces con los mejores jóvenes de distintas ciudades de la

provincia, a una corta edad, particularmente propicia para iniciarlos en el cientificismo republicano. Los estudios secundarios asumían así un rol protagónico iniciando una formación encuadrada en las exigencias del cientificismo republicano, que requería además extender el tiempo habitual de clase, ampliando la vinculación de alumnos-docentes en una convivencia cotidiana, que colocaba al educando bajo un tutelaje permanente. Es decir que los mejores jóvenes, no sólo debían ser reunidos y educados desde una temprana edad por el Estado a través de las universidades, sino también y por medio del *tutorial system*, separados de sus hogares, donde no podía saberse científicamente cuán benéfica o perjudicial era la influencia ejercida por su entorno inmediato. Estas ideas, otorgaron una particular preponderancia a la creación del Colegio Nacional y un sistema de Internado, basado en experiencias anglosajonas, que llevaron al periodista español Gómez Carrillo a ver en La Plata a la “Oxford argentina”.

Tomando ese modelo, González se esforzó en aislar de las pasiones mundanas a las instalaciones de su protagónico Colegio Nacional y el gran *campus* que las contenía -el primero de esas características en latinoamérica-, para distribuir las en el bucólico marco que le proporcionaban las serenas frondas del Paseo del Bosque. Allí un selecto grupo de doscientos adolescentes disponían de aulas, dormitorios, biblioteca, salas de juegos y comedor, pero también de un Gimnasio, un Instituto de Física, una pileta de natación y campos de juego para la práctica de diversos deportes: pelota, fútbol, rugby, atletismo, etc.

Como lógica consecuencia del clima generado luego de la irrupción del movimiento reformista en todas las universidades argentinas, el sistema de internado y el funcionamiento del *campus* de la UNLP recibieron severos cuestionamientos por su carácter elitista. Ya sin González, el campus de la UNLP fue fragmentado para alojar nuevos edificios de Facultades e Institutos que surgían para acompañar el crecimiento que iba experimentando el número de ingresantes.

La idea originaria de ciudad universitaria de la que hablaba Bernárdez, alcanzaba su plena implementación en los años '20, cuando, tras haber sido desbordado el criterio aislacionista del *campus* anglosajón, una “invasión juvenil”, procedente del interior del país y de otras naciones de latinoamérica, “reanimó todos los barrios y todos los centros sociales de la *cittá morta*” (Arrieta, 1932:67). Y en el clima idealista que acompañaba a esa “invasión juvenil”, signando los postulados de la Reforma Universitaria, el cuestionamiento a una Europa en estado decadente tras la guerra y al imperialismo estadounidense en voraz expansión, surgió una revaloración de lo

hispano en una ciudad universitaria que, para Levene, a fines de los '20 era "La Salamanca de iberoamérica".

Para entonces y ya en los albores del cincuentenario de La Plata, si bien aún Ezequiel Martínez Estrada seguía considerando a La Plata como "Hollywood, ciudad de decorados sin existencia orgánica a la que bastaría restarle ciertos elementos artificiales que la sostienen, para que esa ciudad se desmoronara, se deshabitara y el campo entrara otra vez por sus calles" (1993:224), el momento de la "Necrópolis" ya había encontrado en "la ciudad universitaria país" una identificación colectiva para su reemplazo.

Bibliografía

- Arrieta, Rafael; 1932, *La ciudad del bosque* (1932), Peuser, La Plata
- Barcia, Pedro (comp.); 1982. *La Plata vista por los viajeros* (1982), Ediciones del 80 y Librerías Juvenilia, La Plata.
- Bernárdez, Manuel; 1982, "La ciudad universitaria" (1905), en Pedro Barcia; *La Plata vista...*; pp.237-240.
- Child, Theodore; 1982, "La Plata, ciudad incomprensible" (1890), en Pedro Barcia; *La Plata vista...*; pp.179-184.
- Coppin, Henry; 1982, "La ciudad nacida como por ensalmo" (1884), en Pedro Barcia; *La Plata vista...*; pp.47-52.
- De Paula, Alberto; 1987, *La ciudad de La Plata. Sus tierras y su arquitectura* (1987); Banco de la Provincia de Buenos Aires, Buenos Aires.
- El Día*; 1888, La Plata, 28 de junio.
- El Diario*; 1882, Buenos Aires, 14 de noviembre.
- El Nacional*; 1884, Buenos Aires, 13 de marzo.
- ; 1884a, 18 de abril.
- González, Joaquín; 1985, □Discurso pronunciado en el acto de colocación de la piedra fundamental del edificio para el Colegio Nacional□ (1905), en Julio Castiñeiras, *Historia de la Universidad Nacional de La Plata*, T.I, UNLP, pp.194-202.
- La Mañana*; 1896, La Plata, 21 de junio.
- ; 1896a, La Plata, 19 de noviembre.
- Martínez Estrada, Ezequiel; 1993, *Radiografía de la pampa* (1931); Colección Archivos,

México.

Morosi, Julio y De Terán, Fernando; 1983, *La Plata ciudad nueva, ciudad antigua* (1983);

Instituto de Estudios de Administración local de España, Madrid.

Sarmiento, Domingo; 1982, □La Plata□ (1885), en Pedro Barcia; *La Plata vista...*; pp.65-72.

Vallejo, Gustavo; 1997, □Una ciudad yankee en la llanura pampeana. La Plata y su primera imagen urbana□, en *Premio Anual de Arquitectura, Urbanismo, Investigación y Teoría '96* (1997), CAPBA, La Plata; pp.51-54.

Verne, Julio; 1933, *Los quinientos millones de la Begún* (1879), Editorial Sopena, Barcelona.